

Domingo XXVII del Tiempo Ordinario (ciclo A)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **SAN AMBROSIO** (www.iveargentina.org)
- **FRANCISCO – Homilías** (3.VI.13, 21.III.14 y 5.X.14)
- **BENEDICTO XVI - Ángelus** 2005 y 2011
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamessa.org)
- **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
- **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
- **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
- **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **Rev. D. Vicenç GUINOT i Gómez** (Sitges, Barcelona, España) (www.evangelinet.net)

DEL MISAL MENSUAL

LOS VIÑADORES IMPRODUCTIVOS

Is 5, 1-7; Flp 4, 6-9; A4121, 33-43

En el capítulo quinto de Isaías y en el capítulo veintiuno de san Mateo encontramos dos textos semejantes. Los relatos se relacionan entre sí por compartir el motivo de la viña improductiva. Más aún, el Evangelio de san Mateo cita expresamente al profeta Isaías. Las atenciones del Señor-viñador hacia su pueblo han sido insuperables: todos los cuidados fueron realizados oportunamente. Isaías pone el acento en la esterilidad de todo el pueblo: La viña del Señor es la casa de Israel que produjo asesinatos y violencia. En cambio, el Evangelio de san Mateo destaca los abusos de poder de parte de los viñadores-dirigentes. Ambos fallos apuntan en la misma dirección, a saber, la pésima rendición de cuentas. Israel ha recibido todos los cuidados oportunos de parte de Dios y no ha mejorado sus relaciones humanas. La alusión a los planes violentos de los dirigentes en contra del heredero Jesús, están muy claros al final de la parábola.

ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. Est 4, 17

En tu voluntad, Señor, está puesto el universo, y no hay quien pueda resistirse a ella. Tú hiciste todo, el cielo y la tierra, y todo lo que está bajo el firmamento; tú eres Señor del universo.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno, que en la superabundancia de tu amor sobrepasas los méritos y aun los deseos de los que te suplican, derrama sobre nosotros tu misericordia para que libres nuestra conciencia de toda inquietud y nos concedas aun aquello que no nos atrevemos a pedir. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

La viña del Señor es la casa de Israel.

Del libro del profeta Isaías: 5,1-7

Voy a cantar, en nombre de mi amado, una canción a su viña. Mi amado tenía una viña en una ladera fértil. Removió la tierra, quitó las piedras y plantó en ella vides selectas; edificó en medio una torre y excavó un lagar. Él esperaba que su viña diera buenas uvas, pero la viña dio uvas agrias.

Ahora bien, habitantes de Jerusalén y gente de Judá, yo les ruego, sean jueces entre mi viña y yo. ¿Qué más pude hacer por mi viña, que yo no lo hiciera? ¿Por qué cuando yo esperaba que diera uvas buenas, las dio agrias?

Ahora voy a darles a conocer lo que haré con mi viña; le quitaré su cerca y será destrozada. Derribaré su tapia y será pisoteada. La convertiré en un erial, nadie la podará ni le quitará los cardos, crecerán en ella los abrojos y las espinas, mandaré a las nubes que no lluevan sobre ella.

Pues bien, la viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel, y los hombres de Judá son su plantación preferida. El Señor esperaba de ellos que obraran rectamente y ellos, en cambio, cometieron iniquidades; él esperaba justicia y sólo se oyen reclamaciones.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 79, 9 y 12. 13-14. 15-16. 19-20.

R/. La viña del Señor es la casa de Israel.

Señor, tú trajiste de Egipto una vid, arrojaste de aquí a los paganos y la plantaste; ella extendió sus sarmientos hasta el mar y sus brotes llegaban hasta el río. **R/.**

Señor, ¿por qué has derribado su cerca, de modo que puedan saquear tu viña los que pasan, pisotearla los animales salvajes, y las bestias del campo, destrozarla? **R/.**

Señor, Dios de los ejércitos, vuelve tus ojos, mira tu viña y visítala; protege la cepa plantada por tu mano, el renuevo que tú mismo cultivaste. **R/.**

Ya no nos alejaremos de ti; consérvanos la vida y alabaremos tu poder. Restablécenos, Señor, Dios de los ejércitos, míranos con bondad y estaremos a salvo. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Obren bien y el Dios de la paz estará con ustedes.

De la carta del apóstol san Pablo a los filipenses: 4, 6-9

Hermanos: No se inquieten por nada; más bien presenten en toda ocasión sus peticiones a Dios en la oración y la súplica, llenos de gratitud. Y que la paz de Dios, que sobrepasa toda inteligencia, custodie sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús.

Por lo demás, hermanos, aprecien todo lo que es verdadero y noble, cuanto hay de justo y puro, todo lo que es amable y honroso, todo lo que sea virtud y merezca elogio. Pongan por obra cuanto han aprendido y recibido de mí, todo lo que yo he dicho y me han visto hacer; y el Dios de la paz estará con ustedes.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Cfr. Jn 15, 16

R/. Aleluya, aleluya.

Yo los he elegido del mundo, dice el Señor, para que vayan y den fruto y su fruto permanezca. **R/.**

EVANGELIO

Arrendará el viñedo a otros viñadores.

+Del santo Evangelio según san Mateo: 21, 33-43

En aquel tiempo, Jesús dijo a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo esta parábola: “Había una vez un propietario que plantó un viñedo, lo rodeó con una cerca, cavó un lagar en él, construyó una torre para el vigilante y luego lo alquiló a unos viñadores y se fue de viaje.

Llegado el tiempo de la vendimia, envió a sus criados para pedir su parte de los frutos a los viñadores; pero éstos se apoderaron de los criados, golpearon a uno, mataron a otro, y a otro más lo apedearon. Envió de nuevo a otros criados, en mayor número que los primeros, y los trataron del mismo modo.

Por último, les mandó a su propio hijo, pensando: ‘A mi hijo lo respetarán’. Pero cuando los viñadores lo vieron, se dijeron unos a otros: ‘Éste es el heredero. Vamos a matarlo y nos quedaremos con su herencia’. Le echaron mano, lo sacaron del viñedo y lo mataron.

Ahora díganme: cuando vuelva el dueño del viñedo, ¿qué hará con esos viñadores?”. Ellos le respondieron: “Dará muerte terrible a esos desalmados y arrendará el viñedo a otros viñadores, que le entreguen los frutos a su tiempo”.

Entonces Jesús les dijo: “¿No han leído nunca en la Escritura: La piedra que desecharon los constructores, es ahora la piedra angular. Esto es obra del Señor y es un prodigio admirable?

Por esta razón les digo que les será quitado a ustedes el Reino de Dios y se le dará a un pueblo que produzca sus frutos”.

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Acepta, Señor, el sacrificio que tú mismo nos mandaste ofrecer, y, por estos sagrados misterios, que celebramos en cumplimiento de nuestro servicio, dignate llevar a cabo en nosotros la santificación que proviene de tu redención. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Lam 3, 25

Buena es el Señor con los que en él confían, con aquellos que lo buscan.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios omnipotente, saciados con este alimento y bebida celestiales, concédenos ser transformados en aquel a quien hemos recibido en este sacramento. Por Jesucristo, nuestro Señor.

UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO

A toda acción corresponde una reacción. Quienes confesamos a Dios como Padre y Señor de la historia, sabemos reconocer que, a través de las obras de la creación o por medio de la intervención de personas sabias y sensatas, Dios ha estado pendiente de nosotros. Tanto los profetas de Israel en el pasado, como numerosos hombres y mujeres creyentes en el presente, han sido un llamado afectuoso y exigente de parte de Dios hacia nosotros. No podemos alegar desconocimiento de parte nuestra ni desinterés de parte del Señor. Hemos sido tratados como la niña de sus ojos. La rendición de cuentas no es aplicable solamente a los funcionarios públicos. Quienes hemos recibido bendiciones, enseñanzas y numerosas manifestaciones patentes del amor de Dios, estamos obligados a dar los frutos que corresponden. A quien mucho se le dio, se le pedirá mucho. Los discípulos de Jesús tenemos una misión que cumplir a partir de nuestro bautismo.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

La canción de mi amigo a su viña (Is 5,1-7)

1ª lectura

La «canción de la viña» es una obra maestra de la poesía hebrea, que condensa un gran significado simbólico y pedagógico. Bajo la imagen del labrador desencantado se descubre al Señor dolorido por la falta de frutos de justicia de su pueblo. En vv. 1-2 el autor asume el papel del amigo de Dios; en vv. 3-6 es el amado quien expone los prolongados cuidados con su pueblo, y en v. 7 el autor vuelve a tomar la palabra. La trama es fácil y rápida: tras mantener en suspenso el significado de su mensaje (vv. 1-6) —de modo semejante a la parábola que cuenta Natán a David (cfr 2 S 12,1-15)— el autor lo descubre de pronto (v. 7): la viña es «la casa de Israel», que a pesar de los cuidados recibidos del amado, que es el Señor, no dio los frutos esperados, uvas selectas, sino «agrades». Israel habrá de reconocer su culpabilidad. Por eso, el comienzo lírico se cambia en anuncio de castigos. En la canción hay varios juegos ingeniosos de palabras, imposibles de expresar en una traducción.

El profeta Oseas ya había aplicado a Israel la metáfora de la viña (Os 10,1). También lo hace de nuevo más adelante el propio Isaías (27,2-5), y vuelve a aparecer en Jeremías (Jr 2,21; 5,10; 6,9; 12,10) y Ezequiel (Ez 15,1-8; 17,3-10; 19,10.14). Igualmente se encuentran alusiones en Sal 80,9-19 y en el «Cántico de Moisés» (Dt 32,32-33). Por su parte, el Eclesiástico aplica la imagen a la sabiduría divina (cfr Si 24,23-30). Finalmente, Jesucristo lo retomará en la parábola de los viñadores homicidas, presentando la parábola como un compendio de la historia de la salvación, que llega hasta la actitud de los jefes judíos con Él mismo (Mt 21,33-46; Mc 12,1-12; Lc 20,9-19).

Como continuación del antiguo pueblo de Israel, la Iglesia está también prefigurada en la historia de la viña. Así lo hace notar el Concilio Vaticano II al recordar las figuras bíblicas de la Iglesia: «La Iglesia es labranza o campo de Dios (1 Co 3,9). En este campo crece el antiguo olivo cuya raíz santa fueron los patriarcas y en el que tuvo y tendrá lugar la reconciliación de los judíos y de los gentiles (Rm 11,13-26). El labrador del cielo la plantó como viña selecta (Mt 21,33-43 par.; cfr Is 5,1-7). La verdadera vid es Cristo, que da vida y fecundidad a los sarmientos, es decir, a

nosotros, que permanecemos en Él por medio de la Iglesia y que sin Él no podemos hacer nada (Jn 15,1-5)» (*Lumen gentium*, n. 6).

No os preocupéis por nada (Flp 4,6-9)

2ª lectura

En el versículo anterior el Apóstol había recordado a los Filipenses que «el Señor está cerca» (Flp 4,5). Recuerda la proximidad del Señor para fomentar la alegría y animar a la mutua comprensión. Estas palabras les traerían sin duda el recuerdo de la exclamación *Marana tha* («Señor, ven») que repetían con frecuencia en las celebraciones litúrgicas (cfr 1 Co 16,21-24).

Frente al ambiente adverso que pudieran encontrar, los primeros cristianos ponían su esperanza en la venida del Salvador, Jesucristo. Nosotros, como ellos, tenemos la certeza de que, mientras aguardamos su venida gloriosa, el Señor también está siempre cerca con su providencia. No hay, por tanto, motivos de inquietud. Sólo espera que le hablemos de nuestra situación con confianza, en oración, con la sencillez de un hijo. La oración se convierte así en un medio eficaz para no perder la paz, pues, como enseña San Bernardo, «regula los afectos, dirige los actos, corrige las faltas, compone las costumbres, hermosea y ordena la vida; confiere, en fin, tanto la ciencia de las cosas divinas como de las humanas (...). Ella ordena lo que debe hacerse y reflexiona sobre lo hecho, de suerte que nada se encuentre en el corazón desarreglado o falto de corrección» (*De consideratione* 1,7).

Por lo demás, San Pablo enseña que todas las realidades terrenas y las cosas nobles de este mundo tienen un valor divino, son buenas, y le sirven al cristiano para acercarse a Dios (v. 8). ***Allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano con Cristo*** (San Josemaría Escrivá, *Conversaciones*, n. 113).

Un hombre plantó una viña (Mt 21,33-43)

Evangelio

La parábola de los viñadores homicidas es como un compendio de la historia de la salvación. Comienza con una evocación implícita de Is 5,1-7, donde se comparaba a Israel con una viña que, pese a todos los cuidados divinos, en vez de dar frutos había dado agrazones; de ahí que el Señor vaya a destruirla. En el contexto en que Jesús pronunció la parábola y en el que vivían poco después los evangelistas, es fácil ver su alegoría: los viñadores, encargados por Dios del cuidado de su pueblo, simbolizan a las clases dirigentes de Israel. Dios había enviado en diversos tiempos a los profetas, que no habían recogido el fruto, sino que fueron maltratados o muertos (cfr 2 Cro 24,21). Finalmente, Dios ha enviado a su Hijo Único, Jesús. Así se indica la diferencia entre Jesús, el Hijo, y los profetas, no más que siervos. Pero también a Éste se disponen a matarlo, fuera de la viña, esto es, de Jerusalén. Es lógico el castigo de Dios.

Sin embargo, con las palabras del Salmo 118 citadas en Mt 21,42 el Señor enseña que estas acciones de los hombres no hacen sino corroborar el plan de Dios que, de esa manera, funda un nuevo pueblo cimentado en Cristo, nueva piedra angular. Mateo es el único evangelista que al narrar la parábola habla de que la viña se entregará a «un pueblo que rinda sus frutos» (v. 43), aludiendo a la Iglesia, nuevo Pueblo de Dios: «El Señor Dios la consignó —no ya cercada, sino dilatada por todo el mundo— a otros colonos que den fruto a sus tiempos, con la torre de elección levantada en alto por todas partes y hermosa. Porque en todas partes resplandece la Iglesia, y en todas partes está

cavado en torno al lagar, porque en todas partes hay quienes reciben el Espíritu» (S. Ireneo, *Adversus haereses* 4, 36,2).

SAN AMBROSIO (www.iveargentina.org)

Los viñadores homicidas

Un hombre plantó una viña. Muchas son, según los autores, las interpretaciones que se pueden dar a esta palabra de la viña, pero Isaías ha explicado con toda claridad que la viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel (5,7). Y ¿quién sino Dios es el que ha creado esta viña? Él es, pues, quien la plantó y se marchó lejos; lo cual no significa que pueda irse de su sitio este Señor que siempre está presente en todas partes, sino que está de modo especial presente entre los que le aman y se ausenta de entre los que le olvidan. Y estuvo durante mucho tiempo lejos de allí con objeto de que su reclamación no pareciera precipitada, ya que cuanto más indulgente es la liberalidad, tanto más inexcusable es la obstinación.

Y así, del todo conforme con lo dicho, lees en Mateo que *la rodeó con una cerca*, es decir, la protegió con el escudo de la potencia divina, para que no fuese una conquista fácil a los asaltos de las bestias espirituales. Y *cavó en ella un lagar*. ¿Cómo podremos entender lo que es un lagar si no acudimos a los salmos que llevan por título: “sobre los lagares”, ya que los misterios de la pasión del Señor, como si se tratara de un vino nuevo, han brotado con más abundancia bajo la cálida inspiración de los profetas? Por eso algunos creyeron que estaban ebrios aquellos a los que el Espíritu Santo había descendido (Act 2,13). Y ésa es la razón también por la que El cava un lagar, en el que el fruto interior de las uvas espirituales se convierte en un chorro espiritual. Y *construyó una torre*, levantó el tejado de la Ley, y la viña, con esta defensa y preparación, fue entregada a los judíos.

Llegada la estación de los frutos envió a sus criados. Con mucho acierto ha usado esta expresión de “la estación de los frutos” y no el tiempo de su recolección, ya que los judíos no dieron ningún fruto, nada se recogió de esa viña de la que dijo el Señor: *Esperé que me diera uvas, pero me dio espinas* (Is 5,2). Y así, no es el vino de la alegría ni el mosto del Espíritu lo que han derramado los prensadores, sino la roja sangre de los profetas. Veámoslo: Jeremías fue arrojado a una fosa (Jer 44,6), y es que, en verdad, los lagares de los judíos no rebosaban vino, sino fango. Y aunque parece que los profetas están nombrados de una manera general sin embargo, el texto nos da a entender que el que fue lapidado era Nabot, de quien, a pesar de no haber recibido ninguna palabra profética, hemos recogido un hecho profético, puesto que en la figura de esta viña él ha previsto que muchos, derramando su sangre, serían mártires. Y ¿a quién representa ese que fue herido en la cabeza? Sin duda alguna a Isaías, ya que la sierra dividió la contextura de su cuerpo con más facilidad que si hubiera querido hacerle perder la fe, acabar con su constancia o doblegar el vigor de su alma.

Por eso sucedió que, habiendo enviado a otros muchos a quienes los judíos despidieron sin honor y en vacío y de los que no quisieron obtener provecho alguno, últimamente envió a su propio Hijo único, a quien esos pérfidos quisieron hacer perder la herencia, le dieron muerte de cruz y, renegando de Él, lo arrojaron fuera.

¡Qué cantidad y qué magnitud de hechos laten en tan pocas palabras! En primer lugar porque existe una bondad natural que muchas veces llega hasta a fiarse de los mismos indignos; después, porque, como último remedio a todos los males, vino Cristo, y entonces el que reniega del heredero, no puede esperar en el Padre. Pero Cristo es al mismo tiempo heredero y testador: heredero porque

sobrevivió a su propia muerte, y para nuestro bien, recogió, por así decirlo, los beneficios y la herencia de los dos Testamentos que El mismo había creado.

Con toda justicia, por tanto, les pregunta; pretendiendo con ello que su propia respuesta les sirva de condenación. Y continúa diciendo que el Señor de la viña va a venir porque la majestad del Padre reside también y en el mismo grado en el Hijo, o porque en los últimos tiempos su presencia se hará sentir más en los corazones de los hombres. Así, ellos mismos pronunciarán su propia sentencia condenatoria, es decir, perecerán los malos y la viña pasará a manos de otros colonos. Consideremos ahora quiénes son estos colonos, y quién es esta viña.

La viña es una figura de cada uno de nosotros, ya que el pueblo de Dios, enraizado en el tronco de la viña eterna, se eleva sobre la tierra y, brotando de un terreno árido, lanza ahora al exterior sus yemas y sus flores, se reviste de un verdor que la envuelve plenamente, recibe la dulce savia, logrando que vaya madurando sus ramos, como los sarmientos de una vid fecunda. El que cuida la viña es el Padre omnipotente, la vid es Cristo y nosotros los sarmientos, que, si no producimos fruto en Cristo, seremos arrancados por la guadaña del eterno viñador.

Con toda razón, pues, al pueblo de Cristo se le compara con una viña, bien porque está adornada su frente con la insignia del signo de la cruz, bien porque ha de recoger fruto cuando llegue el fin de los tiempos, o bien, finalmente, porque en la Iglesia de Dios habrá igual medida para todos sin distinción, a semejanza de las diversas clases de viñas; en otras palabras: ya no habrá pobres ni ricos, humildes y poderosos, siervos y señores. Y lo mismo que la vid se une a los árboles, así el cuerpo se junta con el alma, y el alma con el cuerpo. Y de la misma manera que la vid crece al unirse y, cuando se la poda, no se debilita, sino que toma nuevo vigor, así también, el pueblo santo, al unirse, se despoja de lo malo, humillándose se exalta y cuando se le poda es cuando es coronado. Y todavía más, así como un retoño tierno desgajado de un árbol viejo, es injertado sobre el embrión de otra raíz, así también este pueblo santo, una vez curado de todas las cicatrices del viejo brote, alimentándose de aquel árbol de la Cruz como del seno de una madre amante, va creciendo, y el Espíritu Santo, como si estuviera sembrado por entre los surcos más profundos de la tierra, penetra en la cárcel de este cuerpo, lavando con la efusión del agua de la salud todo lo que tiene mal olor, levantando la conducta completa de nuestros miembros hacia un actuar del todo celestial.

El diligente viñador tiene costumbre de cavar, cuidar y podar esta viña y, llevando a cabo la nivelación de los terrenos, unas veces abrasando con su sol lo más recóndito de nuestro cuerpo y otras derramando su lluvia benéfica, acostumbra también a escardar su tierra para que las espinas no hieran los primeros brotes ni sus hojas condensen la sombra, y para que la vanidad estéril de las palabras, dando sombra a las virtudes, no sirvan de obstáculo a la madurez de la naturaleza y al temple del carácter. Mas ¡lejos de nosotros el creer que puede haber algo que pueda perjudicar a esta viña, a la que el guardián vigilante del Señor Salvador ha fortificado, con el muro de la vida eterna, contra todas las asechanzas de la malicia de este siglo! *Ella extendió sus ramas hasta el mar* (Sal.79,12) pues *la tierra es del Señor* (Sal.23,1). Dios es honrado en todos los lugares de la tierra, y también en todas partes es adorado Cristo, el Señor.

He aquí nuestra vendimia. Que alegres y seguros carguen unos en sus cestos las uvas de los dulces racimos, otros gustemos los dones celestiales, y otra parte de cristianos prensen bajo los pies de su buena voluntad el fruto del beneficio divino y, al levantar su calzado, el vino que chorrea, coloree sus pies desnudos; pues el lugar en el que estamos es una tierra santa (Ex 3,5), y por ello es necesario quitarse el calzado, de manera que los pasos de nuestra alma, escalando los peldaños del trono de las más alta santidad, se vean libres de los lazos de las cadenas corporales ; y en efecto, es conveniente que, puesto que la viña es el mundo entero, haya vendimia en todo él.

He aquí el *tiempo propicio* (2 Cor 6,2), en el que el año ya no tiritaba bajo la escarcha del invierno y las brumas de la falsa fe, ni la corteza deformada de la blasfemia crece bajo las nieves continuas y el hielo perpetuo, antes, por el contrario, libre ya de las borrascas del sacrilegio, la tierra comienza ya a concebir frutos nuevos, una vez que ya ha dado a luz los anteriores; que las borrascas de las disensiones ya apenas si tienen fuerza, es un hecho; todo el ardor de la avaricia del mundo, toda esa llama que abrasó al pueblo de Italia, en otro tiempo por causa del error judío y hoy debido al engaño arriano, están actualmente casi apagados por la acción de una tranquila calma. La tempestad se ha calmado, navega suavemente la concordia, alienta con fuerza la fe, los naufragos de esta fe vuelven a los puertos que habían abandonado, y, contentos por verse libres ya de tantos peligros y liberados de tantos errores, estrechan con dulces besos las playas de su patria.

¡Ave, viña digna de tan excelso guardián! No te hizo algo sagrada la sangre de sólo Nabot, sino también la de innumerables profetas y, lo que es más grande, la sangre preciosa del Señor. Aunque Nabot no fue víctima de las amenazas del rey ni su constancia fue vencida por el miedo, y ni siquiera, tentado con las más ricas promesas, vendió su fervor religioso, sin embargo, resistiendo a los deseos del rey para que no plantase en sus jardines hierbas y legumbres en lugar de las vides, no pudiendo hacer otra cosa, apagó el fuego que amenazaba a las cepas con su propia sangre, y eso que defendía una viña temporal; sin embargo, para ti se ha plantado la muerte de una multitud incontable de mártires, la cruz de los apóstoles, que es una reproducción de la pasión del Señor, y, por tu bien, se ha propagado hasta los extremos del mundo.

(Obras de San Ambrosio, BAC Madrid 1966 (I), p. 540-46)

FRANCISCO – Homilias (3.VI.13, 21.III.14 y 5.X.14)

Los grandes desmemoriados

3 de junio de 2013

En su homilía, el Santo Padre reflexionó sobre el Evangelio de Marcos (Mc 12, 1-12). “Se me ocurre pensar –comenzó– en las tres figuras de cristianos en la Iglesia: los pecadores, los corruptos, los santos. De los pecadores no es necesario hablar demasiado, porque todos nosotros lo somos”. La figura sobre la que más habló el Santo Padre fue la de los corruptos. En la parábola evangélica –explicó– Jesús habla del gran amor del propietario de una viña, símbolo del pueblo de Dios: “Él nos ha llamado con amor, nos protege. Pero luego nos da la libertad, nos da todo este amor “en alquiler”. Es como si nos dijera: Cuida y custodia tú mi amor como yo te custodio a ti. Es el diálogo entre Dios y nosotros: custodiar el amor. Todo comienza con este amor”.

Luego, sin embargo, los campesinos a quienes se les confió la viña “se sintieron fuertes, se sintieron autónomos de Dios”, prosiguió el Santo Padre. Y así “se adueñaron de esa viña; y perdieron la relación con el dueño de la viña. Y cuando alguien acude a retirar la parte de la cosecha que corresponde al dueño, le golpean, le insultan, le dan muerte”. Esto significa perder la relación con Dios, no percibir ya la necesidad “de ese patrono”. Es lo que hacen los “corruptos, aquellos que eran pecadores como todos nosotros, pero que dieron un paso más”: se “consolidaron en el pecado y no sienten la necesidad de Dios”. O al menos, se creen que no la sienten, porque –explicó el Obispo de Roma– “en el código genético existe esta tendencia hacia Dios. Y como no pueden negarlo, se hacen un dios especial: ellos mismos”.

He ahí quiénes son los corruptos. Y “esto es un peligro también para nosotros: convertirnos en corruptos. Los corruptos están en las comunidades cristianas y hacen mucho mal. Jesús habla a los

doctores de la Ley, a los fariseos, que eran corruptos; les dice que son sepulcros blanqueados. En las comunidades cristianas los corruptos son así. Se dice: Ah, es buen cristiano, pertenece a tal cofradía; bueno, es uno de nosotros. Pero nada: existen para ellos mismos. Judas empezó siendo pecador avaro y acabó en la corrupción. La senda de la autonomía es un camino peligroso. Los corruptos son grandes desmemoriados, olvidaron este amor con el que el Señor hizo la viña y los hizo a ellos. Cortaron la relación con este amor y se convirtieron en adoradores de sí mismos. ¡Cuánto mal hacen los corruptos en las comunidades cristianas! El Señor nos libre de deslizarnos por el camino de la corrupción”.

Pero en la Iglesia están también los santos. “Ahora –dijo el Pontífice– me gusta hablar de los santos; y me complace hacerlo en el 50º aniversario de la muerte del Papa Juan XXIII, modelo de santidad”. En la parábola del Evangelio, los santos –explicó el Papa Francisco– “son aquellos que van a buscar el alquiler y saben lo que les espera. Pero deben hacerlo y cumplen con su deber. Los santos: aquellos que obedecen al Señor, quienes adoran al Señor, quienes no perdieron la memoria del amor con el que el Señor hizo la viña. Y así como los corruptos hacen mucho mal a la Iglesia, los santos hacen mucho bien”.

“De los corruptos, el apóstol Juan dice que son el anticristo, que están en medio de nosotros, pero no son de los nuestros. De los santos, la Palabra de Dios nos habla como de luz: aquellos que estarán ante el trono de Dios, en adoración. Pidamos al Señor la gracia de sentirnos pecadores. La gracia de no llegar a ser corruptos. Y la gracia –concluyó– de ir por el camino de la santidad”.

La palabra encarcelada

21 de marzo de 2014

Humildad y oración, en la Iglesia, son el antídoto contra las alteraciones de la Palabra de Dios y la tentación de adueñarse de ella, interpretándola al propio gusto y enjaulando al Espíritu Santo. Es la síntesis de la meditación que propuso el Pontífice en la misa del viernes 21 de marzo.

El Evangelio de Mateo (Mt 21, 33-43.45) presenta “esta parábola que Jesús mismo dice a la gente y a los fariseos, a los sacerdotes, a los ancianos del pueblo para hacer comprender dónde han caído”. Nos encontramos, explicó, ante el “drama no del pueblo –porque el pueblo entendía que Jesús era un gran profeta– sino de algunos jefes del pueblo, de algunos sacerdotes de ese tiempo, de los doctores de la ley, de los ancianos que no tenían el corazón abierto a la Palabra de Dios”. En efecto, ellos “escuchaban a Jesús, pero en lugar de ver en Él la promesa de Dios, o de reconocerlo como un gran profeta, tenían miedo”.

En el fondo, destacó el Pontífice, es “el mismo sentimiento de Herodes”. También ellos decían: “Este hombre es un revolucionario, detengámoslo a tiempo, debemos detenerlo”. Por esto, “trataban de capturarlo, trataban de ponerlo a prueba, para que cayese y poder arrestarlo: es la persecución contra Jesús”. ¿Pero por qué esta persecución? “Porque esta gente –fue la respuesta del Papa– no estaba abierta a la Palabra de Dios, estaban cerrados en su egoísmo”.

Es precisamente en este contexto que “Jesús cuenta esta parábola: Dios dio en herencia un terreno con una viña que hizo con sus manos”. Se lee en el Evangelio que el dueño “plantó una viña, la rodeó con un cercado, allí excavó un hueco para el lagar y construyó una torre”. Y luego dio “la viña en alquiler a los campesinos”.

Exactamente lo que “hizo Dios con nosotros: nos dio la vida en alquiler” y, con ella, “la promesa” que vendría a salvarnos. “En cambio, esta gente –destacó el Papa– vio aquí un buen

negocio, una buena oportunidad: la viña es hermosa, tomémosla, es nuestra”. Y, así, “cuando llegó el momento de recoger los frutos, fueron los empleados de este señor a retirar la cosecha. Pero los campesinos, que ya se habían adueñado de la viña, dijeron: no, saquémosles fuera, esto es nuestro”.

La parábola de Jesús, explicó, relata precisamente “el drama de esta gente, pero también nuestro drama”. Esas personas, en efecto, “se adueñaron de la Palabra de Dios. Y la Palabra de Dios se convirtió en su palabra. Una palabra según su interés, sus ideologías, sus teologías, a su servicio”. Hasta tal punto que “cada uno la interpretaba según la propia voluntad, según el propio interés”. Y “mataron para conservar esto”. Es lo que le pasó también a Jesús, porque “los jefes de los sacerdotes y los fariseos comprendieron que hablaba de ellos cuando escucharon esta parábola” y, así, “trataron de arrestarlo para que muriese”.

Pero de este modo “la Palabra de Dios se convierte en algo muerto, encarcelado”. Y “el Espíritu Santo está enjaulado en los deseos de cada uno de ellos. Lo mismo nos pasa a nosotros, cuando no estamos abiertos a la novedad de la Palabra de Dios, cuando no somos obedientes a la Palabra de Dios”. Pero desobedecer a la Palabra de Dios es como querer afirmar que “esta palabra ya no es de Dios: ahora es nuestra”.

Así, como “la Palabra de Dios está muerta en el corazón de esta gente, también puede morir en nuestro corazón”. Sin embargo, afirmó el Santo Padre, la palabra “no se acaba porque está viva en el corazón de los sencillos, de los humildes, del pueblo de Dios”. En efecto, los que buscaban capturar a Jesús tenían miedo del pueblo que lo consideraba un profeta. Era “la multitud sencilla, que iba detrás de Jesús porque lo que Jesús decía hacía bien y caldeaba el corazón”. Esta gente “no usaba la Palabra de Dios para el propio interés”, sino que sencillamente “sentía y trataba de ser un poco más buena”.

A este punto el Papa sugirió pensar en “lo que podemos hacer nosotros para no matar la Palabra de Dios, para no adueñarnos de esta palabra, para ser dóciles, para no enjaular al Espíritu Santo”. E indicó dos sencillos caminos: humildad y oración.

Ciertamente, destacó, no era humilde “esta gente que no aceptaba la Palabra de Dios, pero decía: sí, la Palabra de Dios es esta, pero la interpreto según mi interés”. Con este modo de obrar “eran soberbios, eran suficientes, eran los “doctores” entre comillas”: personas que “creían tener todo el poder para cambiar el significado de la Palabra de Dios”. En cambio, “sólo los humildes tienen el corazón preparado para recibir la Palabra de Dios”. Pero es necesario precisar, evidenció, que “estaban también los buenos y humildes sacerdotes, humildes fariseos que habían recibido bien la Palabra de Dios: por ejemplo los Evangelios nos hablan de Nicodemo”. Por lo tanto, “la primera actitud para escuchar la Palabra de Dios” es la humildad, porque “sin humildad no se puede recibir la Palabra de Dios”. Y la segunda es la oración. Las personas de las que habla la parábola, en efecto, “no rezaban, no tenían necesidad de rezar: se sentían seguros, se sentían fuertes, se sentían dioses”.

Por lo tanto, “con la humildad y la oración sigamos adelante para escuchar la Palabra de Dios y obedecerle en la Iglesia”. Y, “así, no nos sucederá a nosotros lo que le pasó a esta gente: no mataremos para defender esa palabra que nosotros creemos que es la Palabra de Dios” sino que, en cambio, se ha convertido “en una palabra totalmente alterada por nosotros”.

Como conclusión, el Pontífice pidió “al Señor la gracia de la humildad, de contemplar a Jesús como el Salvador que nos habla: ¡me habla a mí! Cada uno de nosotros debe decir: ¡me habla a mí!”. Y “cuando leemos el Evangelio: ¡me habla a mí!”. De aquí la invitación a “abrir el corazón al Espíritu Santo que da fuerza a esta Palabra” y a “rezar, rezar mucho para tener la docilidad de recibir esta palabra y obedecerle”.

Homilía del 5 de octubre de 2014

El profeta Isaías y el Evangelio de hoy usan la imagen de la viña del Señor. La viña del Señor es su «sueño», el proyecto que él cultiva con todo su amor, como un campesino cuida su viña. La vid es una planta que requiere muchos cuidados.

El «sueño» de Dios es su pueblo: Él lo ha plantado y lo cultiva con amor paciente y fiel, para que se convierta en un pueblo santo, un pueblo que dé muchos frutos buenos de justicia.

Sin embargo, tanto en la antigua profecía como en la parábola de Jesús, este sueño de Dios queda frustrado. Isaías dice que la viña, tan amada y cuidada, en vez de uva «dio agrazones» (5,2,4); Dios «esperaba derecho, y ahí tenéis: asesinatos; esperaba justicia, y ahí tenéis: lamentos» (v. 7). En el Evangelio, en cambio, son los labradores quienes desbaratan el plan del Señor: no hacen su trabajo, sino que piensan en sus propios intereses.

Con su parábola, Jesús se dirige a los jefes de los sacerdotes y a los ancianos del pueblo, es decir, a los «sabios», a la clase dirigente. A ellos ha encomendado Dios de manera especial su «sueño», es decir, a su pueblo, para que lo cultiven, se cuiden de él, lo protejan de los animales salvajes. El cometido de los jefes del pueblo es éste: cultivar la viña con libertad, creatividad y laboriosidad.

Pero Jesús dice que aquellos labradores se apoderaron de la viña; por su codicia y soberbia, quieren disponer de ella como quieren, quitando así a Dios la posibilidad de realizar su sueño sobre el pueblo que se ha elegido.

La tentación de la codicia siempre está presente. También la encontramos en la gran profecía de Ezequiel sobre los pastores (cf. cap. 34), comentada por san Agustín en su célebre discurso que acabamos de leer en la Liturgia de las Horas. La codicia del dinero y del poder. Y para satisfacer esta codicia, los malos pastores cargan sobre los hombros de las personas fardos insoportables, que ellos mismos ni siquiera tocan con un dedo (cf. *Mt* 23,4).

También nosotros estamos llamados en el Sínodo de los Obispos a trabajar por la viña del Señor. Las Asambleas sinodales no sirven para discutir ideas brillantes y originales, o para ver quién es más inteligente... Sirven para cultivar y guardar mejor la viña del Señor, para cooperar en su sueño, su proyecto de amor por su pueblo. En este caso, el Señor nos pide que cuidemos de la familia, que desde los orígenes es parte integral de su designio de amor por la humanidad.

Somos todos pecadores y también nosotros podemos tener la tentación de «apoderarnos» de la viña, a causa de la codicia que nunca falta en nosotros, seres humanos. El sueño de Dios siempre se enfrenta con la hipocresía de algunos servidores suyos. Podemos «frustrar» el sueño de Dios si no nos dejamos guiar por el Espíritu Santo. El Espíritu nos da esa sabiduría que va más allá de la ciencia, para trabajar generosamente con verdadera libertad y humilde creatividad.

Hermanos sinodales, para cultivar y guardar bien la viña, es preciso que nuestro corazón y nuestra mente estén custodiados en Jesucristo por la «paz de Dios, que supera todo juicio» (*Flp* 4,7). De este modo, nuestros pensamientos y nuestros proyectos serán conformes al sueño de Dios: formar un pueblo santo que le pertenezca y que produzca los frutos del Reino de Dios (cf. *Mt* 21,43).

BENEDICTO XVI - Ángelus 2005 y 2011

2005

Octubre, mes del Rosario y de las Misiones

Queridos hermanos y hermanas:

(...) Juan Pablo II quiso dedicar a la Eucaristía un Año entero, que se clausurará precisamente al final de la Asamblea sinodal, el próximo 23 de octubre, después de tres semanas, el domingo en que se celebrará la Jornada mundial de las misiones.

Esta coincidencia nos ayuda a contemplar el misterio eucarístico desde la perspectiva misionera. En efecto, la Eucaristía es el centro propulsor de toda la acción evangelizadora de la Iglesia, en cierto sentido, como lo es el corazón en el cuerpo humano. Las comunidades cristianas, sin la celebración eucarística con la que se alimentan en la doble mesa de la Palabra y del Cuerpo de Cristo, perderían su auténtica naturaleza: sólo siendo “eucarísticas” pueden transmitir a Cristo a los hombres, y no únicamente ideas o valores, por nobles e importantes que sean.

La Eucaristía ha forjado a insignes apóstoles misioneros, en todos los estados de vida: obispos, sacerdotes, religiosos, laicos; santos de vida activa y contemplativa. Pensemos, por una parte, en san Francisco Javier, a quien el amor de Cristo impulsó hasta el Lejano Oriente para anunciar el Evangelio; por otra, en santa Teresa de Lisieux, joven carmelita, cuya memoria celebramos precisamente ayer. Vivió en la clausura su ardiente espíritu apostólico, mereciendo ser proclamada, junto con san Francisco Javier, patrona de la actividad misionera de la Iglesia. Invoquemos su protección sobre los trabajos sinodales, así como la de los ángeles custodios, que hoy recordamos.

Oremos con confianza sobre todo a la santísima Virgen María, a la que el próximo día 7 de octubre veneraremos con el título de Virgen del Rosario. El mes de octubre está dedicado al santo rosario, singular oración contemplativa con la que, guiados por la Madre celestial del Señor, fijamos nuestra mirada en el rostro del Redentor, para ser configurados con su misterio de alegría, de luz, de dolor y de gloria. Esta antigua oración está experimentando un nuevo florecimiento providencial, también gracias al ejemplo y a la enseñanza del amado Papa Juan Pablo II. Os invito a releer su carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae* y poner en práctica sus indicaciones en el ámbito personal, familiar y comunitario. A María le encomendamos los trabajos del Sínodo: que ella lleve a toda la Iglesia a una conciencia cada vez más clara de su misión al servicio del Redentor realmente presente en el sacramento de la Eucaristía.

2011

La vital relación con Cristo, piedra angular

¡Queridos hermanos y hermanas!

El Evangelio de este domingo se cierra con una amonestación de Jesús, particularmente severa, dirigida a los jefes de los sacerdotes y a los ancianos del Pueblo: “Por eso os digo: Se os quitará el Reino de Dios para dárselo a un pueblo que rinda sus frutos” (Mt 21,43). Son palabras que hacen pensar en la gran responsabilidad de quien en cada época, está llamado a trabajar en la viña del Señor, especialmente con función de autoridad, e impulsan a renovar la plena fidelidad a Cristo. Él es “la piedra que los constructores desecharon”, (cf. Mt 21,42), porque lo han juzgado enemigo de la ley y peligroso para el orden público, pero Él mismo, rechazado y crucificado, ha resucitado,

convirtiéndose en la “piedra angular” en la que se pueden apoyar con absoluta seguridad los fundamentos de cada existencia humana y del mundo entero. De esta verdad habla la parábola de los viñadores infieles, a los cuales un hombre había confiado su propia viña para que la cultivaran y recogieran los frutos. El propietario de la viña representa a Dios mismo, mientras la viña simboliza a su pueblo, así como la vida que Él nos dona para que, con su gracia y nuestro compromiso, hagamos el bien. San Agustín comenta que “Dios nos cultiva como un campo para hacernos mejores” (*Sermo* 87, 1, 2: PL 38, 531). Dios tiene un proyecto para sus amigos, pero por desgracia la respuesta del hombre se orienta muy a menudo a la infidelidad, que se traduce en rechazo. El orgullo y el egoísmo impiden reconocer y acoger incluso el don más valioso de Dios: su Hijo unigénito. Cuando, de hecho, “les envió a su hijo –escribe el evangelista Mateo–... [los labradores] agarrándole, le echaron fuera de la viña y le mataron” (*Mt* 21,37.39). Dios se pone en nuestras manos, acepta hacerse misterio insondable de debilidad y manifiesta su omnipotencia en la fidelidad a un designio de amor, que al final prevé también la justa punición para los malvados. (cf. *Mt* 21,41).

Firmemente anclados en la fe en la piedra angular que es Cristo, permanezcamos en Él como el sarmiento que no puede dar fruto por sí mismo si no permanece en la vid. Solamente en Él, por Él y con Él se edifica la Iglesia, pueblo de la nueva Alianza. Al respecto escribió el Siervo de Dios Pablo VI: “El primer fruto de la conciencia profundizada de la Iglesia sobre sí misma es el renovado descubrimiento de su vital relación con Cristo. Cosa conocidísima, pero fundamental, indispensable y nunca bastante sabida, meditada y exaltada”. (Enc. *Ecclesiam suam*, 6 agosto 1964: AAS 56 [1964], 622).

Queridos amigos, el Señor es siempre cercano y operante en la historia de la humanidad, y nos acompaña también con la singular presencia de sus Ángeles, que hoy la Iglesia venera como “Custodios”, es decir, ministros de la divina premura por cada hombre. Desde el inicio hasta la hora de la muerte, la vida humana está rodeada de su incesante protección. Y los Ángeles coronan a la Augusta Reina de las Victorias, la Bienaventurada Virgen María del Rosario, que en el primer domingo de octubre, precisamente en estos momentos, desde el Santuario de Pompeya y desde el mundo entero, acoge la súplica ferviente para que sea abatido el mal y se revele, en plenitud, la bondad de Dios.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La Iglesia es la viña de Dios

755. “La Iglesia es *labranza* o campo de Dios (1 Co 3, 9). En este campo crece el antiguo olivo cuya raíz santa fueron los patriarcas y en el que tuvo y tendrá lugar la reconciliación de los judíos y de los gentiles (Rm 11, 13-26). El *labrador* del cielo la plantó como viña selecta (*Mt* 21, 33-43 par.; cf. Is 5, 1-7). La verdadera vid es Cristo, que da vida y fecundidad a los sarmientos, es decir, a nosotros, que permanecemos en él por medio de la Iglesia y que sin él no podemos hacer nada (Jn 15, 1-5)”.

Los dones y los frutos del Espíritu Santo

1830. La vida moral de los cristianos está sostenida por los dones del Espíritu Santo. Estos son disposiciones permanentes que hacen al hombre dócil para seguir los impulsos del Espíritu Santo.

1831. Los siete *dones* del Espíritu Santo son: sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios. Pertenecen en plenitud a Cristo, Hijo de David (cf Is 11,1-2). Completan y

llevan a su perfección las virtudes de quienes los reciben. Hacen a los fieles dóciles para obedecer con prontitud a las inspiraciones divinas.

Tu espíritu bueno me gué por una tierra llana (Sal 143,10)

Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios...Y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo (Rm 8,14.17).

1832. Los *frutos* del Espíritu son perfecciones que forma en nosotros el Espíritu Santo como primicias de la gloria eterna. La tradición de la Iglesia enumera doce: “caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia, castidad” (Gál 5,22-23, vulg.).

Los profetas son los siervos, Cristo es el Hijo

443. Si Pedro pudo reconocer el carácter transcendente de la filiación divina de Jesús Mesías es porque éste lo dejó entender claramente. Ante el Sanedrín, a la pregunta de sus acusadores: “Entonces, ¿tú eres el Hijo de Dios?”, Jesús ha respondido: “Vosotros lo decís: yo soy” (Lc 22, 70; cf. Mt 26, 64; Mc 14, 61). Ya mucho antes, Él se designó como el “Hijo” que conoce al Padre (cf. Mt 11, 27; 21, 37-38), que es distinto de los “siervos” que Dios envió antes a su pueblo (cf. Mt 21, 34-36), superior a los propios ángeles (cf. Mt 24, 36). Distinguió su filiación de la de sus discípulos, no diciendo jamás “nuestro Padre” (cf. Mt 5, 48; 6, 8; 7, 21; Lc 11, 13) salvo para ordenarles “vosotros, pues, orad así: Padre Nuestro” (Mt 6, 9); y subrayó esta distinción: “Mi Padre y vuestro Padre” (Jn 20, 17).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

Se os quitará a vosotros el reino de Dios

También el Evangelio de este Domingo está establecido por una parábola. Un hombre, dice Jesús, tenía una viña, que había plantado él mismo, ya la que le dedicaba todos sus cuidados. En la época de la vendimia, envió a sus siervos a recoger los frutos. Pero ¿qué sucedió? Los viñadores mataron a algunos de los siervos y a otros los apalearon. Mandó a otros, que terminaron lo mismo. Le faltaba sólo el hijo. Pensó: al menos, tendrán respeto por mi hijo. Aquí es necesario atenerse al texto exacto, porque éste deja ya filtrarse la realidad histórica, a la que se alude:

«Pero los labradores, al ver al hijo, se dijeron: “Éste es el heredero: venid, lo matamos y nos quedamos con su herencia”, Y, agarrándolo, lo empujaron fuera de la viña y lo mataron».

La alusión a Jesús, que de allí a poco será arrestado, llevado fuera de la ciudad y crucificado es bastante clara. Como en muchos otros casos, Jesús les deja sacar la conclusión a los oyentes:

«Y ahora, cuando vuelva el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?» Le contestaron: «Hará morir de mala muerte a esos malvados y arrendará la viña a otros labradores, que le entreguen los frutos a sus tiempos».

El sentido es evidente: se habla del así llamado «rechazo de Israel», que en la Biblia está frecuentemente simbolizado por la viña. Pero, Jesús lo explicita diciendo:

«Por eso os digo que se os quitará a vosotros el reino de Dios y se dará a un pueblo que produzca sus frutos».

Precisamente, en esta primera semana de octubre coincide la jornada que, a partir del histórico encuentro del Papa en Asís, en 1986, viene dedicada cada año al diálogo entre las diversas

religiones. Es, por lo tanto, la ocasión propicia para ocuparnos una buena vez del tema del así llamado «rechazo de Israel», que tantas veces aparece en los Evangelios y, más en general, de la relación entre cristianos y hebreos.

Una interpretación simplista y triunfalista de ésta y de otras semejantes páginas del Evangelio ha contribuido a crear el clima de condenación de los hebreos, que ha llevado a las trágicas consecuencias, que ya sabemos. No hemos de abandonar las certezas de fe, que nos vienen del Evangelio; pero, basta poco para darnos cuenta de cuánto nuestra actitud haya disfrazado frecuentemente el genuino espíritu del mismo Evangelio.

Ante todo, en las terribles palabras de Cristo: «Se os quitará a vosotros el reino de Dios...» está expresado el extraordinario amor de Dios para Israel, y que no es una fría condenación. Es una «pasión de amor», la que se desarrolla entre Cristo e Israel. Él dijo un día que no había sido enviado más que «a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mateo 15,24).

Se trata, además, de un rechazo pedagógico, no definitivo. De igual forma en el Antiguo Testamento había habido rechazos de Dios, como el que concluyó con el exilio en Babilonia. Uno está descrito por Isaías, en la primera lectura de hoy, con la misma imagen de la viña («Pues ahora os diré a vosotros lo que voy a hacer con mi viña: quitar su valla para que sirva de pasto, derruir su tapia para que la pisoteen»). Pero, esto no le ha impedido a Dios continuar amando a Israel y vigilando sobre él.

San Pablo nos asegura que asimismo este último rechazo, anunciado por Jesús, no será definitivo. Es más, misteriosamente, deberá servir para permitir a los paganos entrar en el reino. «¿Es que, escribe, han tropezado para quedar caídos? ¡De ningún modo!» (Romanos 11,11). Es más, el apóstol hace entrever la futura reconciliación entre Israel y los cristianos como una especie de resurrección de los muertos (cfr. Romanos 11, 11. 15). Él va incluso más allá. Dice que «si las primicias son santas, también la masa; y si la raíz es santa también las ramas» (Romanos 11, 16). Por la fe de Abrahán, que es la primicia y la raíz, todo el pueblo hebreo es santo, a pesar de que algunas ramas, dice el Apóstol, han venido a menos.

Precisamente, Pablo, creído erróneamente como el actor de la ruptura entre Israel y la Iglesia, es el que nos sugiere la actitud justa frente al drama del pueblo hebreo. No auto-seguridad y necia vanagloria («¡somos nosotros ahora el nuevo Israel, nosotros los elegidos»: cfr. Efesios 2,13), sino más bien temor y temblor ante el insondable misterio del actuar divino («el que crea estar en pie, mire no caiga»: 1 Corintios 10, 12), Y más aún amor hacia Israel, que es «la raíz que nos sostiene» (Romanos 11, 18). Escuchad qué es lo que él tiene la valentía de decir a propósito de los hebreos:

«Digo la verdad en Cristo, no miento, mi conciencia me lo atestigua en el Espíritu Santo, siento una gran tristeza y un dolor incesante en el corazón. Pues desearía ser yo mismo maldito, separado de Cristo, por mis hermanos, los de mi raza según la carne» (Romanos 9,1-3).

Si todos los cristianos en el pasado se hubieran preocupado de tener en el corazón estos mismos sentimientos al hablar de los hebreos, la historia hubiera tenido un curso bien distinto. Yo recuerdo la experiencia que tuve hace unos años en el avión, que me llevaba en peregrinación a Tierra Santa. De golpe, leyendo el Evangelio, me di cuenta que debía cambiar totalmente de actitud en relación con los hebreos, que en aquellos años estaban atacados por todas partes a causa del espinoso problema palestino. Debía en breve «convertirme a Israel». Amarlo. Entendí que la hostilidad de un cristiano hacia los hebreos hiere ante todo al propio Jesús. «Porque, está escrito, nadie aborrece jamás su propia carne» (Efesios 5,29) Y los hebreos son consanguíneos de Jesús

según la carne. Jesús amaba profundamente a su pueblo. Él lloró por la ruina inminente de Jerusalén (cfr. Lucas 19,41ss.) y no se alegró como de una revancha.

No se puede simplemente identificar hebraísmo con el estado de Israel, aunque ambas cosas no se puedan ni siquiera separar. Uno puede no aprobar ciertos aspectos de la política israelita en relación con los palestinos, sin que por ello cese de sentirse solidario con Israel, como realidad histórica y espiritual.

Si los hebreos un día deberán llegar (como Pablo nos dice que lo espera) a un juicio más positivo sobre Jesús, esto deberá tener lugar a través de un proceso interno, como aproximación de una búsqueda propia (cosa esta, que en parte está sucediendo). No podemos ser nosotros los cristianos a solicitarlo desde fuera, esto es, a buscar el convertirlos. Hemos perdido el derecho a hacerlo por el modo con que estas cosas han ocurrido en el pasado. Antes deberán ser resanadas las heridas mediante el diálogo y la reconciliación. Yo no comprendo cómo un cristiano, que ame verdaderamente a Israel, pueda no desear que llegue un día en que éste descubra a Jesús, que se define en el Evangelio «gloria de tu pueblo Israel» (Lucas 2, 32). No creo que esto sea hacer proselitismo. Pero, por el momento, la cosa más importante es remover los obstáculos, que hemos interpuesto a esta reconciliación, la «mala luz» en que hemos puesto a Jesús ante sus ojos. También los obstáculos presentes en nuestro lenguaje. Cuántas veces, sin que nos demos cuenta, la palabra «hebreo o judío» viene utilizada en sentido despreciativo o, al menos, negativo según nuestro modo de hablar.

A partir del concilio Vaticano II, las relaciones entre cristianos y hebreos han cambiado a mejor rápidamente. El decreto sobre el ecumenismo ha reconocido a Israel un estatuto aparte entre las religiones (cfr. Decreto *Unitatis redintegratio*). El hebraísmo, para un cristiano, no es simplemente «otra religión»; es parte integrante de nuestra misma religión. En efecto, adoramos al mismo «Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob», que para nosotros los cristianos es igualmente «el Dios de Jesucristo».

Visitando la sinagoga de Roma, Juan Pablo II llamó a los hebreos «nuestros hermanos mayores». Por todas partes se multiplican las iniciativas de un diálogo constructivo. No podemos más que dar gracias al Espíritu Santo por este cambio y augurarlos que continúe y que del diálogo hebreo-cristiano se pase a una verdadera amistad hebreo-cristiana.

Hoy dirijo mi saludo final a lo que se lee en la carta a los Gálatas de san Pablo y que pronuncio dirigido idealmente a todo el mundo hebreo en Italia y fuera de ella:

«Paz y misericordia, lo mismo... para el Israel de Dios» (Gálatas 6, 16).

FLUVIUM (www.fluvium.org)

El peligro del propio criterio

Ni que decir tiene que esta parábola del Señor, como todas, tiene numerosas aplicaciones para nosotros. Nos fijaremos en esta ocasión únicamente en la actitud de aquellos malos empleados del señor, dueño de la viña. Como otras veces, Jesús toma ocasión de una mala conducta para hacernos ver que espera de los hombres algo muy distinto de lo que realmente le damos. Aquellos sirvientes, a pesar de que tenían gracias a su señor la oportunidad de ocuparse en algo noble, desperdician esa ocasión y se comportan de un modo inicuo. Podían haber ennoblecido su vida, dedicados a algo valioso, a la medida de su señor; tanto más noble y valioso, cuanto mayor era la grandeza del señor – que confiaba en ellos– y más superaba en categoría a los empleados. Cualquier plan del señor

siempre tendría más relevancia que el más interesante de los planes personales de uno de los siervos; y los ideales, las ilusiones del dueño satisfechas tenían capacidad para enriquecer colmadamente, también al más exigente de sus empleados.

“Es que no son mis ideales, no son esas mis ilusiones, son los planes de mi señor, cosas sólo tuyas”, podría objetar con despego uno de aquellos trabajadores. En ese mismo momento de rebeldía, a quien en verdad minusvalora al consentir en tal pensamiento, es al señor, dueño de la viña. No olvidemos que ha ofrecido a algunos de sus siervos, por pura liberalidad, la enriquecedora oportunidad de ocuparse en sus propias cosas, y recibir después su recompensa. Ha organizado las cosas muy bien, para que puedan trabajar en las mejores condiciones: **plantó una viña, la rodeó de una cerca y cavó en ella un lagar, edificó una torre...** Muy posiblemente, de otro modo, estarían aquellos trabajadores desempleados y, como consecuencia, padeciendo necesidad. En cambio, gracias a su señor, disponen de los medios para trabajar y tienen la oportunidad de desarrollar una buena tarea.

No queramos ser nosotros como ellos, porque la parábola retrata a bastantes que no son capaces de descubrir como voluntad de Dios sus obligaciones familiares, profesionales, de convivencia, etc. Y quizá tampoco caen en la cuenta de que no se han autoconcedido –por ejemplo– las capacidades físicas e intelectuales de que disponen, al igual que los labradores de la parábola los instrumentos de trabajo: la viña, la torre, el lagar... Piensan, tal vez, que ese modo de comportarse, en lo que deben hacer, es únicamente cosa suya. No consideran que vivimos en el mundo “contratados” por Dios que, en su liberalidad, como los trabajadores de la viña, se ha dirigido a cada uno ocupándonos en sus cosas. Bastantes consideran, incluso, que será correcto lo que hagan si se sienten independientes, pues, con contar con su propio criterio es más que suficiente. Ese personal criterio queda convertido, para los más imprudentes, en norma del buen obrar, propio y ajeno. Quizá no se dan cuenta, pero pretenden convertirse en autores del bien y del mal suplantando a Dios.

Podemos meditar, poniéndolos bajo la intercesión del Espíritu Santo, sobre cómo en nuestra vida utilizamos las muchas ocasiones que nos ha concedido Dios para servirle. Porque es esto algo que caracteriza al hombre, raíz de nuestra dignidad y, sin embargo, podemos tenerlo poco en cuenta. En efecto, habiéndonos creado personas y, por tanto, superiores a los demás seres terrenos, Dios nos hizo capaces de Él. Para desarrollar esta capacidad contamos con una serie de cualidades, son los talentos –de los que habla Jesucristo en numerosas ocasiones–, que debemos utilizar según su querer, puesto que nos los concedió por amor al hombre, y para que con ellos pudiéramos corresponder a ese amor que Él nos ha tenido primero.

¡Qué gran injusticia utilizar astutamente, sólo en provecho propio, lo que nos ha otorgado para ser grandes en su presencia amándole! En la que parábola evangélica los malos servidores manifiestan el desprecio a su señor, llegando a dar muerte a varios de los siervos fieles que les envía, incluso a su propio hijo. Así ha sucedido también en nuestro mundo. No pocas veces han sido despreciados los ministros del Evangelio, y hasta han llegado a perecer por ser fieles a Cristo. De hecho, matan a Nuestro Señor –**vuelven a crucificarle**, diría san Pablo– cada vez que cometen un pecado mortal. Pidamos Luz del Cielo para valorar, como es debido, la gravedad de cada indiferencia a los Mandamientos, al Evangelio. “¡Que entendamos un poco más, Señor, que lo interesante de verdad es cumplir tu Voluntad, precisamente porque es Tuya!”.

En esto, como en todo, nuestra Madre es el punto de referencia infalible. María no tiene otra voluntad que la que en cada instante descubre de su amoroso Creador y Señor. También cada uno, como hijos, nos sabemos muy queridos por Dios y deseamos, como Ella, amarle ante todo con la

realidad de nuestra vida. Pedimos, por eso, a esta Madre buena, que nos conserve desprendidos de los criterios propios egoístas y nos haga admirar el parecer de Dios.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

“El reino de Dios les será quitado a ustedes”

La palabra de Dios se nos presenta y permanece frente a nosotros, en esta Misa, bajo la forma de una gran imagen: la viña. En la primera lectura, hemos escuchado a Isaías en el cántico acerca de la viña. En el salmo responsorial, hemos escuchado la oración de la viña:

*Vuélvete, Señor de los ejércitos,
observa desde el cielo y mira:
ven a visitar tu vid,
la cepa que plantó tu mano,
el retoño que tú hiciste vigoroso.*

En la proclamación del Evangelio, un giro: *Yo soy la vid, ustedes los sarmientos*. Finalmente, el Evangelio nos hizo escuchar hoy la parábola de la viña y los viñadores.

La liturgia, al elegir en las Escrituras estos pasajes que hablan de la viña y de la vid, ciertamente tuvo en cuenta la coincidencia de la estación. Sobre nuestras colinas, de un extremo al otro de la península, se realiza la alegre labor de la vendimia. Las manos rodean con cuidado la vid para separar los racimos y hacer con ellos mosto y vino. No es una realidad que pueda permanecer ajena a nosotros y dejarnos indiferentes. Le proporcionó a Dios material e imágenes para hablarnos; tomada por los profetas y por Jesús, se convirtió en palabra Dios, en medio expresivo de los misterios del Reino: *Yo soy la vid, ustedes, los sarmientos*. Pero hay algo más: el vino que en estos días se recoge en las tinajas, está destinado a llegar a nuestros altares para transformarse en sangre de Cristo.

De esa forma, la liturgia *corona verdaderamente el año* del hombre (Sal. 74, 12), es decir, consagra su esfuerzo a fin de que vuelva a él bajo la forma de la gracia. El fruto de la vid y del trabajo del hombre, ofrecido a Dios, vuelve al hombre como bebida de salvación.

Por lo tanto, concentrémonos en la gran parábola de la viña para saber qué quiere decirnos el Señor con ella, a nosotros, los que escuchamos hoy su palabra.

Hay dos maneras de leer esta parábola de la viña: una en clave histórica o narrativa, y una en clave actual. Por cierto, la segunda nos interesa más, pero no es comprensible sin la primera.

Histórica o literalmente, la viña de la cual se habla es el pueblo hebreo. Dios eligió este pueblo, lo liberó de Egipto y lo trasplantó en la tierra prometida como se trasplanta una vid. Aquí lo llenó de cuidados, como hace el viñador con su viña, o mejor, como hace el esposo con su esposa. La rodeó, la defendió. Es la historia evocada con imágenes en el salmo responsorial de hoy. ¿Pero qué sucedió? La viña, en lugar de uva, produjo agrazones; más allá de la metáfora: el pueblo elegido se perdió y se hizo salvaje: en lugar de producir obras de justicia y fidelidad, se rebeló y le pagó a Dios con traiciones, desobediencias e infidelidad: Él esperó de ellos equidad, y hay efusión de sangre, comenta Isaías en la primera lectura.

En la versión de Jesús, la aplicación resulta más transparente. Son los viñadores quienes se rebelaron, no la viña; es decir, los hombres, no la tierra. ¿Qué hará Dios? Según Isaías, destruirá la viña. El salmo 79 describe este abandono de Dios que se manifestó en la caída de Jerusalén y en el

exilio. Sin embargo, Jesús no habla de la destrucción de la viña. No son las promesas de Dios, vale decir su plan, lo que será cambiado, sino sus destinatarios: el Reino de Dios, la viña, queda, pero será dado a otro destinatario. Es una alusión transparente al destino del pueblo de Israel: habiendo rechazado a los profetas y matado “al Hijo”, será dispersado y sustituido por otro pueblo como heredero de las promesas.

Aquel otro pueblo, al cual se le confió el reino, somos nosotros los cristianos, que constituimos la Iglesia. Ahora nosotros somos, en un sentido determinado, la viña del Señor. Aquí comienza la lectura actual de la parábola.

Para nosotros, el significado de la palabra de Dios de hoy debe ser buscado en aquella frase del Evangelio de Juan que hemos proclamado antes en el Evangelio: *Yo soy la vid, ustedes los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, da mucho fruto...Pero el que no permanece en mí es como el sarmiento que se tira y se seca* (Jn 15. 5). La situación ha cambiado con Cristo. Dios no repudiará más la viña que es la Iglesia, porque esta viña es Cristo; la Iglesia es el cuerpo de Cristo. No habrá un tercer “Israel de Dios” después del pueblo hebreo y del cristiano. Pero si la vid está segura por el amor del Padre, no sucede lo mismo con los sarmientos individuales; si la Iglesia está segura de la promesa que no dejará de ser cumplida hasta el fin de los siglos, y de que “las puertas del infierno no prevalecerán sobre ella”, no sucede lo mismo con los componentes individuales de la Iglesia o con sus grupos. Si no dan fruto, pueden ser apartados y tirados. Pueden tener que descender de su posición. Fue éste el drama de enteras secciones de la Iglesia, como las iglesias del Asia Menor, a las cuales se dirige Juan en el Apocalipsis.

Es el riesgo de nosotros, los cristianos de hoy, como individuos y como grupo. Cierta día, san Pablo, al ver la resistencia de los judíos para recibir el mensaje, exclamó: Nos dirigimos ahora a los paganos (Hech 13. 46). ¿Y si también hoy Dios trasplantase su viña entre otros pueblos dispuestos a hacerla fructificar, por ejemplo en el “tercer mundo”? ¿Acaso no está en acto entre nosotros, los pueblos cristianos de Occidente, un tácito rechazo al Hijo? A Dios no le interesa que quede en pie una cultura cristiana, por la cual “no podemos no decirnos cristianos”; le interesa que quede la fe en Jesucristo, la aceptación de su palabra. Si ésta desaparece, como viña ya estamos repudiados, somos sarmientos secos.

El discurso es mucho más serio si se lo aplica a cada uno de nosotros. Dios nos dio todo. Nos plantó en la Iglesia, nos injertó en Jesucristo, nos podó y nos alimentó. Ahora tiene derecho a venir a pedir los frutos. Y viene, en efecto, aun cuando no nos demos cuenta de sus visitas. Viene como el dueño venía a buscar higos en su árbol y no encontraba otra cosa que hojas: Él corta todos mis sarmientos que no dan fruto, al que da fruto, lo poda para que dé más todavía (Jn 15. 2 ssq.).

Hoy, la palabra de Dios se nos aparece realmente como aquella espada filosa que penetra en nosotros Y nos obliga a tomar partido, nos pone en un estado de decisión. ¿Qué queremos ser? ¿Un sarmiento unido a Cristo, a su palabra, a sus sacramentos, en estado de crecimiento (y, por eso, de conversión), o un sarmiento estéril, rico sólo en pámpanos, es decir, un cristiano de palabra Y no de hecho?

Volvamos a apegarnos a la vid. La Eucaristía nos ofrece la posibilidad de reactivar nuestro bautismo en nosotros Y también la circulación de aquella savia que proviene de la vid. En el salmo responsorial, hemos escuchado la plegaria afligida de la viña abandonada. Hoy debemos hacer de ello nuestra plegaria, pero también debemos hacer nuestro el propósito con que finaliza:

*Nunca nos apartaremos de ti;
devuélvenos la vida e invocaremos tu Nombre.*

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la beatificación de Marcelo Callo, Pierina Morosini y Antonia Mesina

– La viña del Señor y los viñadores

“La viña del Señor es la casa de Israel” (Is 5,7).

¡Nosotros somos la viña del Señor! ¡Somos su pueblo, convocado a la mesa de la Palabra y del Pan de Vida! ¡Su pueblo, reunido en la unidad y variedad de los dones del Espíritu!

La viña: Ésta es la palabra central de la liturgia de hoy, la imagen que une el fragmento de Isaías, el Salmo responsorial y el Evangelio de Mateo.

Hoy resuena una vez más en nuestros oídos el canto de la viña, cántico de amor y parábola de juicio. Isaías canta el amor de Dios, dueño y agricultor, a “su plantel preferido”: “¿Qué más cabía hacer por mi viña, que yo no lo haya hecho?” (Is 5,4). Pero es el mismo Profeta quien manifiesta la desilusión de Dios ante los agrazones, ante la violencia física y moral que habita en la casa de Israel (cfr. Is 5,7 y 3,14). Y por eso, éste es el juicio; Dios está dispuesto a dejar abandonado este terreno que ha cultivado: sin su protección volverá a ser un terreno inhóspito.

Pero precisamente entonces se levanta un grito de turbación y al mismo tiempo de confianza: “¿Por qué has derribado su cerca, para que la saqueen los viandantes?” (Sal 79,13). El Salmista es quien pide con insistencia la atención de Dios, invoca su presencia: “Vuélvete, mira desde el cielo, fíjate, ven a visitar tu viña, la cepa que tu diestra plantó, y que tú hiciste vigorosa” (Sal 79,15-16). En este grito y en este aumento de invocaciones, se encuentra en el Evangelio el pasaje de Isaías.

En la parábola de Mateo, la viña ya es sólo el fondo del drama. Se ponen en primer plano los que la cultivan. El centro de atención se coloca en una nueva justicia: ya no es el rechazo del trabajo, sino el rechazo de entregar los frutos al Señor de la viña.

La relación de alianza es despreciada por los viñadores, quienes, en el “tiempo de la vendimia” (Mt 21,34), no reconocen a otro patrón más que a sí mismos.

Hay más. Los viñadores van más lejos, hasta el punto de apalea a los enviados del Dueño, a sus siervos fieles, los Profetas. Y cuando él manda a su Hijo, como palabra definitiva para mediar y convencerles, ellos “lo agarraron y lo empujaron fuera de la viña y lo mataron” (Mt 21,39). Al Hijo, a quien se le debía tener todo el respeto (cfr. Mt 21,37), se le trata como a los blasfemos en Israel.

A partir de este momento la parábola se convierte en anuncio de los acontecimientos pascuales. Comienza el drama del Hijo de Dios, de la Alianza en su sangre (cfr. Mt 26,28). Jesús dice de Sí mismo: “La piedra que desecharon los arquitectos”, precisamente esa piedra “es ahora la piedra angular” (Mt 21,24).

– Lucha por la santidad

“La viña del Señor es la casa de Israel...”.

Por medio del misterio pascual aparece claro que el Dios de la Alianza construye su casa, en la historia del hombre, en Cristo: la piedra desechada se convierte, en el Calvario, en la piedra angular de la construcción divina en la historia del mundo. Desde ese momento la cruz se convierte en el comienzo de la resurrección en virtud del Espíritu Santo.

En la Eucaristía que celebramos, la hora del Hijo de Dios se hace hora de la Iglesia, de un Pueblo nuevo que tiene en Cristo su piedra angular.

La viña del Señor está hoy de fiesta. “Yo os elegí a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto” (Jn 15,16). La santidad es la vocación principal de todo el Pueblo de Dios.

En la santidad de todo bautizado se revela la potencia de la piedra sobre la que se apoya la construcción divina. El misterio pascual –anunciado en el Evangelio de hoy– obra incesantemente con la fuerza del Espíritu de Santidad, engendra siempre nuevos Santos.

– Llamada universal a la santidad

“Por lo demás, hermanos, todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio, todo eso tenedlo en cuenta” (Fil 4:8).

Con San Pablo nos recuerdan el deber de asumir todo lo que hay de positivo en cualquier cultura, en cualquier situación histórica, en cualquier persona. Y con San Pablo añaden: “y cuanto habéis aprendido y recibido y oído y visto en mí, ponedlo por obra y el Dios de la paz estará con vosotros” (Fil 4:9).

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Tomando la imagen de la viña con la que en el AT los profetas comparaban al pueblo de Dios, la Iglesia, Jesús nos dice que este mundo es como una viña entregada por Dios a unos labradores en un país lejano para que la cultiven y recoger el fruto a su tiempo. Como el dueño está lejos, los viñadores acaban por considerarse propietarios. Todos los que son enviados por Dios para pedir cuentas son maltratados e incluso asesinados. Por fin, es enviado el Hijo al que matan con la ilusión de ser los únicos dueños.

Éste es también nuestro pecado, muchas veces. Creemos que la vida es nuestra y que podemos diseñar nuestro futuro sin injerencias, apartando de nuestra vista las indicaciones divinas. Hay quienes ven a Dios, que es nuestro Padre, Sabiduría y Bondad infinita, que no quiere sino el bien de sus hijos, no como el garante de nuestro bienestar sino como el que lo impide o lo torna difícil al tener que estar sujeto a sus mandamientos. Se olvida así aquella lúcida afirmación de S. Agustín que, al hablar de la Ley de Dios, decía que Él “escribió en las Tablas de la Ley lo que los hombres no leían en sus corazones” (In Salm 57, 1).

No deberíamos olvidar la facilidad que tenemos los humanos para divinizar lo que no es Dios: el poder, el dinero, el éxito, el sexo... Dios, con sus indicaciones, quiere librar al hombre del peligro de esa adoración desviada que es la idolatría. Estar en las manos de Dios, comprender que somos suyos, es un consuelo porque “si es cierto que la vida del hombre está en las manos de Dios –recuerda Juan Pablo II–, no lo es menos que sus manos son cariñosas como las de una madre que acoge, alimenta y cuida a su niño: “mantengo mi alma en paz y silencio como niño destetado en el regazo de su madre” (Ps 131/130, 2) (Ev. Vitae, 39).

Pero todos llevamos dentro un dictador orgulloso que antepone con frecuencia su criterio y su voluntad a las instancias divinas. ¡A mí nadie me tiene que decir lo que debo o no hacer! ¡En mi vida mando yo! Y junto a él, un ser regalón y holgazán siempre atento a eliminar todo lo que supone esfuerzo. Depongamos esa tendencia a apartar de nuestra vista lo que Dios y la Iglesia nos piden ***Aprendamos a servir: no hay mejor servicio que querer entregarse voluntariamente a ser útil a los***

demás. Cuando sentimos el orgullo que barbota dentro de nosotros, la soberbia que nos hace pensar que somos superhombres, es el momento de decir que no, de decir que nuestro único triunfo ha de ser el de la humildad (San Josemaría Escrivá).

¡Dar fruto! ¡Hacer rendir los talentos recibidos! Esto pide el Señor. “Servir al Señor con alegría” (S. 92), especialmente en el hogar y en todos esos lugares que frecuentamos. ¡Cuántas ocasiones en la vida del hogar para servir al Señor, que nos hacen agradable a sus ojos y contribuyen a ese bienestar íntimo tan necesario para hacer más llevadero el peso de los días! Ese olvidarnos de nosotros mismos y esforzarnos por hacer grata la convivencia con pequeños servicios: adelantándonos a responder al teléfono, a abrir la puerta, cambiar una bombilla, limpiar un cenicero... El procurar que nadie se sienta solo. El conocer los gustos de los demás para, con naturalidad, hablar de temas de su agrado. El ceder con elegancia y hasta con sentido del humor cuando surja un roce sin excesiva importancia, pero que el egoísmo y la falta de inteligencia convierten en una montaña... Todo esto y tantas cosas más es posible cuando no sofocamos lo que de más cálido y mejor hay en nosotros y, sobre todo, cuando no vivimos en una atmósfera dominada por el egoísmo.

No somos los propietarios de nuestra vida sino sus cultivadores. Si la vivimos como Jesucristo quiere, “la paz de Dios que sobrepasa todo juicio –nos dice S. Pablo en la 2ª Lectura de hoy– custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús”.

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«El Reino comienza con la Muerte y Resurrección de Cristo»

I. LA PALABRA DE DIOS

Is 5,1-7: «La viña del Señor de los Ejércitos es la casa de Israel»

Sal 79,9 y 12.13s.15s.19s.: «La viña del Señor es la casa de Israel»

Flp 4,6-9: «El Dios de la paz estará con vosotros»

Mt 21,33-43: «Arrendará la viña a otros labradores»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

El pueblo elegido es la viña predilecta del Señor: «¿Qué más cabía hacer por mi viña...?» (1ª Lect.).

El Evangelio anuncia la tercera parábola del Reino (cf los dos Domingos anteriores), que resume la historia salvífica: las predilecciones de Dios; los enviados, los profetas, para recoger los frutos de la viña, asesinados por los viñadores; el Hijo, Enviado por excelencia, a quien «mataron»; la desolación de Jerusalén...

Y el lado luminoso de la misma historia: el desenlace salvador, «la piedra que desecharon... es ahora la piedra angular...ha sido un milagro patente». Consecuentemente el Reino pasa «a un pueblo que produzca sus frutos», a la Iglesia, el pueblo del último tiempo de trabajo, del «atardecer» (cf Dom. XXV).

III. SITUACIÓN HUMANA

La Historia de la Salvación, con las predilecciones de Dios y las ingratitudes y aun crueldades de los hombres, no sólo es historia bíblica sino historia de la humanidad y de cada hombre.

Acosados por el desmesurado aprecio de la pertenencia y propiedad de las cosas, puede resultar difícil entender que no somos propietarios del Reino de Dios, sino llamados a trabajar en lo que es propio de Dios (la «viña») y a dar fruto.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– “«Lo que se perpetró en su pasión no puede ser imputado indistintamente a todos los judíos que vivían entonces ni a los judíos de hoy...»... La Iglesia en el magisterio de su fe y en el testimonio de sus santos no ha olvidado jamás que «los pecadores mismos fueron los autores y como los instrumentos de todas las penas que soportó el divino Redentor»...” (597-598; cf 595-601).

– Pero el drama de la humanidad alcanza un desenlace inesperado: “... él realizará la venida de su Reino por medio del gran Misterio de su Pascua: su muerte en la Cruz y su Resurrección. «Cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12,32). A esta unión con Cristo están llamados todos los hombres (cf LG 3)» (542). «... El Señor mismo se comparó a la piedra que desecharon los constructores, pero que se convirtió en la piedra angular... Los apóstoles construyen la Iglesia sobre ese fundamento...» (756).

La respuesta

– La respuesta a la fe, cuyo centro se acaba de recordar es «la vida en Cristo», «andar como Él anduvo» (1 Jn 2,6).

– “El Símbolo de la fe profesa la grandeza de los dones de Dios... Lo que confiesa la fe los sacramentos lo comunican... Los cristianos... son llamados a llevar en adelante una «vida digna del Evangelio de Cristo» (Flp 1,27)” (1692; cf 1691-1696).

El testimonio cristiano

– «Debemos continuar y cumplir en nosotros los estados y Misterios de Jesús, y pedirle con frecuencia que los realice y lleve a plenitud en nosotros y en toda su Iglesia... (S. Juan Eudes, regn.)» (521).

Todos formamos parte del grupo de viñadores que mataron al Hijo. Pero el desenlace de la Cruz fue la Resurrección, con la nueva llamada al Reino, que comienza en la Iglesia, a todos los hombres. Los que acogen la llamada caminan como Él anduvo, reviviendo su vida, sus Misterios, por los sacramentos de la Iglesia.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

En la viña del amado.

– Parábola de la viña.

I. La liturgia de la Misa, a través de una de las más bellas alegorías, nos habla del amor de Dios por su pueblo y de la falta de correspondencia de éste. La *Primera lectura*¹ recoge la llamada *canción de la viña* y describe a Israel como una plantación de Dios, llena de todos los cuidados

¹ Is 5, 1-7.

posibles. *Voy a cantar a mi amado el canto de la viña de sus amores. Tenía mi amado una viña en un fértil collado. La cavó, la descantó y la plantó de vides selectas. Edificó en medio de ella una torre, e hizo en ella un lagar, esperando que le daría uvas, pero le dio agrazones.* Puesta en el mejor lugar, con los mejores cuidados, lo normal era que diera buenos frutos, pero la viña produjo uvas agrias. *Ahora, pues, vecinos de Jerusalén y varones de Judá –continúa el Profeta–, juzgad entre mí y mi viña. ¿Qué más podía hacer yo por mi viña que no lo hiciera? ¿Cómo esperando que diera uvas, dio agrazones?*

Palestina era un lugar rico en viñedos, y los profetas del Antiguo Testamento recurrieron con frecuencia a esta imagen, tan conocida por todos, para hablar del pueblo elegido. Israel es la viña de Dios, la obra del Señor, la alegría de su corazón²: *Yo te había plantado de la cepa selecta*³; *Tu madre era como una vid plantada a orillas de las aguas*⁴... El mismo Señor, como se lee en el Evangelio de la Misa⁵, refiriéndose al texto de Isaías, nos revela la paciencia de Dios, que manda uno tras otro en busca de frutos a sus mensajeros, los profetas del Antiguo Testamento, para terminar enviando a su Hijo amado, al mismo Jesús, al que matarían los viñadores. *Y, agarrándolo, lo echaron fuera de la viña y lo mataron.* Es una referencia clara a la crucifixión, que tuvo lugar fuera de los muros de Jerusalén.

La viña es ciertamente Israel, que no correspondió a los cuidados divinos, y también lo somos la Iglesia y cada uno de nosotros: “Cristo es la verdadera vid, que comunica vida y fecundidad a los sarmientos, que somos nosotros, que permanecemos en Él por medio de la Iglesia, y sin Él nada podemos hacer (Jn 15, 1-5)”⁶.

Meditemos hoy junto al Señor si encuentra frutos abundantes en nuestra vida; abundantes, porque es mucho lo que se nos ha dado. Frutos de caridad, de trabajo bien hecho, de apostolado con amigos y familiares, jaculatorias, actos de amor a Dios y de desagravio a lo largo del día, contradicciones bien aceptadas, pequeños servicios a quienes comparten el mismo trabajo o el mismo hogar. Examinemos también si, a la vez, somos origen de esas uvas agrias que son los pecados, la tibieza, la mediocridad espiritual aceptada, las faltas de las que no hemos pedido perdón al Señor...

– Los frutos agrios.

II. *Cierto hombre que era propietario plantó una viña, la rodeó de una cerca y cavó en ella un lagar...* “La cercó de vallado, esto es –comenta San Ambrosio–, la defendió con la muralla de la protección divina, para que no sufriera fácilmente por las incursiones de las alimañas espirituales..., y cavó un lagar donde fluyera, espiritualmente, el fruto de la uva divina”⁷. Han sido muchos los cuidados divinos que hemos recibido. La cerca, el lagar y la torre significan que Dios no ha escatimado nada para cultivar y embellecer su viña. *¿Cómo esperando que diera uvas produjo agrazones?*

El pecado es el fruto agrio de nuestras vidas. La experiencia de las propias flaquezas está patente en la historia de la humanidad y en la de cada hombre. “Nadie se ve enteramente libre de su debilidad, de su soledad y de su servidumbre, sino que todos tienen necesidad de Cristo, modelo,

² Cfr. SAN JUAN PABLO II, Exhort. Apost. *Christifideles laici*, 30-XII-1988, 8.

³ Jer 2, 21.

⁴ Ez 19, 10.

⁵ Mt 21, 33-43.

⁶ CONC. VAT. II, Const. *Lumen gentium*, 6.

⁷ SAN AMBROSIO, *Comentario al Evangelio de San Lucas*, 20, 9.

maestro, salvador y vivificador”⁸. Nuestros pecados están íntimamente relacionados con esa muerte del *Hijo amado*, de Jesús: *Y, agarrándolo, lo echaron fuera de la viña y lo mataron.*

Para producir los frutos de vida que Dios espera todos los días de cada uno (frutos de la caridad, del apostolado, del trabajo bien hecho...), necesitamos, en primer lugar, pedir al Señor y fomentar un santo aborrecimiento a todas las faltas, incluso las veniales, que ofenden a Dios. Los descuidos en la caridad, los juicios negativos sobre los demás, las impaciencias, los agravios guardados, la dispersión de los sentidos internos y externos, el trabajo mal hecho..., **“*hacen mucho daño al alma. –Por eso, “capite nobis vulpes parvulas, quae demoliuntur vineas”, dice el Señor en el “Cantar de los Cantares”: cazad las pequeñas raposas que destruyen la viña”*”**⁹. Es necesario que una y otra vez nos empeñemos en rechazar todo aquello que no es grato al Señor. El alma que aborrece el pecado venial deliberado, poco a poco va ganando en delicadeza y en finura con el Maestro.

Las flaquezas han de ayudarnos a fomentar los actos de reparación y de desagravio, y la contrición sincera por esas faltas. Así como pedimos perdón por una ofensa a una persona querida y procuramos compensarla con algún acto bueno, mucho mayor deber ser nuestro deseo de reparación cuando el ofendido es Jesús, el Amigo de verdad. Entonces Él nos sonrío y devuelve la paz a nuestras almas. Convertimos así en frutos espléndidos lo que estaba perdido. ***Pide al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y a tu Madre, que te hagan conocerte y llorar por ese montón de cosas sucias que han pasado por ti, dejando –¡ay!– tanto peso... –Y a la vez, sin querer apartarte de esa consideración, dile: dame, Jesús, un Amor como hoguera de purificación, donde mi pobre carne, mi pobre corazón, mi pobre alma, mi pobre cuerpo se consuman, limpiándose de todas las miserias terrenas... Y, ya vacío todo mi yo, llénalo de Ti: que no me apegue a nada de aquí abajo; que siempre me sostenga el Amor***¹⁰.

– **Los frutos que Dios espera.**

III. En la Segunda lectura¹¹ leemos estas palabras de San Pablo a los cristianos de Filipos: *Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, noble, justo, puro, amable, laudable, todo lo que es virtud o mérito, tenedlo en cuenta.*

Las realidades terrenas y las cosas nobles de este mundo son buenas y pueden llegar a tener un valor divino. Pues, como escribía San Ireneo, “por el Verbo de Dios, todo está bajo la influencia de la obra redentora, y el Hijo de Dios ha sido crucificado por todos, y ha trazado el signo de la Cruz sobre todas las cosas”¹². Son los asuntos que cada día tenemos entre manos (el trabajo, la familia, la amistad, las preocupaciones que la vida lleva consigo, las pequeñas alegrías diarias...) lo que hemos de convertir en frutos para Dios, pues ***no se puede decir que haya realidades –buenas, nobles, y aun indiferentes– que sean exclusivamente profanas, una vez que el Verbo de Dios ha fijado su morada entre los hijos de los hombres, ha tenido hambre y sed, ha trabajado con sus manos, ha conocido la amistad y la obediencia, ha experimentado el dolor y la muerte***¹³. Todo lo humano noble puede ser santificado y ofrecido a Dios.

⁸ CONC. VAT. II, Decr. *Ad gentes*, 8.

⁹ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 329.

¹⁰ IDEM, *Forja*, n. 41.

¹¹ *Flp* 4, 6-9.

¹² SAN IRENEO, *Demostración de la predicación apostólica*.

¹³ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, 112.

Cada jornada se nos presenta con incontables posibilidades de ofrecer frutos agradables al Señor: desde el vencimiento primero de la mañana –el *minuto heroico*– al levantarnos, hasta esa pequeña mortificación que supone el llevar con buen ánimo el excesivo tráfico o un ligero malestar que nos mantiene indispuestos. Son muchas, en este día irreplicable, las ocasiones de sonreír a los demás, de tener una palabra amable, de disculpar un error... En el trabajo, el Señor espera esos pequeños frutos que nacen cuando nos esforzamos en hacerlo bien: la puntualidad, el orden, la intensidad... Para producir estos frutos hemos de empeñarnos en mantener la presencia de Dios a lo largo del día, con jaculatorias, actos de amor..., una mirada a una imagen de la Virgen o al crucifijo..., acordándonos del Sagrario más cercano al lugar donde nos encontramos... *El que permanece en Mí y Yo en él, ése da mucho fruto, porque sin Mí no podéis hacer nada... En esto es glorificado mi Padre, en que deis mucho fruto y seáis discípulos míos*¹⁴.

Nuestra Madre Santa María nos enseñará a vivir cada día con la urgencia de dar muchos frutos a Dios, y a evitar decididamente que en nuestra vida se den frutos agrios.

Rev. D. Vicenç GUINOT i Gómez (Sitges, Barcelona, España) (www.evangelinet.net)

«Finalmente les envió a su hijo, diciendo: ‘A mi hijo le respetarán’»

Hoy contemplamos el misterio del rechazo de Dios en general, y de Cristo en particular. Sorprende la reiterada resistencia de los hombres ante el amor de Dios.

Pero la parábola hoy se refiere más específicamente al rechazo que los judíos tuvieron con Cristo: «Finalmente les envió a su hijo, diciendo: ‘A mi hijo le respetarán’. Pero los labradores, al ver al hijo, se dijeron entre sí: ‘Este es el heredero. Vamos, matémosle y quedémonos con su herencia’. Y agarrándole, le echaron fuera de la viña y le mataron» (Mt 21,37-39). No es fácil entender esto: es porque Cristo vino a redimir al mundo entero, y los judíos esperan a su “mesías” particular que les dé a ellos el dominio de todo el mundo...

Cuando estuve en Tierra Santa me dieron un prospecto turístico de Israel donde están los judíos más famosos de la historia: desde Moisés, Gedeón y Josué hasta Ben Gurión, que fue el realizador del Estado de Israel. Sin embargo, en ese prospecto no está Jesucristo. Y Jesús ha sido el judío más conocido de la historia: hoy se le conoce en el mundo entero, y ya hace dos mil años que murió...

A los grandes personajes, al cabo del tiempo, se les admira, pero no se les ama. Hoy nadie ama a Cervantes o a Miguel Ángel. Sin embargo, Jesús es el más amado de la historia. Hombres y mujeres dan la vida por amor a Él. Unos de golpe en el martirio, y otros “gota a gota”, viviendo sólo para Él. Son miles y miles en el mundo entero.

Y Jesús es el que más ha influido en la historia. Valores hoy aceptados en todas partes, son de origen cristiano. No sólo eso, sino que además se constata que hoy hay un acercamiento a Jesucristo, también entre judíos (“nuestros hermanos mayores en la fe”, como dijera Juan Pablo II). Pidamos a Dios particularmente por la conversión de los judíos, pues este pueblo, de grandes valores, convertido al catolicismo, puede ser un gran beneficio para la humanidad entera.

¹⁴ Jn 15, 5-8.